

comprometió á evacuar la plaza salvando solo al ejército con sus armas y equipajes; y el dia 26 salieron las fuerzas de la ciudad, terminando así de esta manera tan triste la heroica defensa que se habia hecho de ella.

El entusiasmo general que habia habido para defender la ciudad de Monterey, hizo que muchos de sus habitantes se resolvieran á no quedar entre los enemigos; y cuando salieron las últimas fuerzas mexicanas se vió á muchos fieles patriotas abandonar sus hogares; siguiendo con sus esposas é hijos la penosa marcha del ejército, en espera de un esfuerzo de toda la nacion para recobrar la parte de tierra que quedaba sellada con la sangre de sus hermanos y profanada por sus enemigos. ¡Vana esperanza, cuando en lo general de la nacion el mezquino espíritu de partido tenia adormecidos los sentimientos del patriotismo!

Al llegar al Saltillo hizo alto el ejército en espera de las órdenes del gobierno á quien se comunicó el desastre con que habia terminado la defensa de Monterey; y cuando se recibió la orden de abandonar aquella ciudad y marchar hasta S. Luis, se notó una indignacion tan general, que el ejército se hallaba dispuesto á no seguir la marcha, y el general Ampudia se proponia á hacer ver al gobierno la disposicion general con que se habia recibido aquella orden; pero ésta fué repetida y el ejército tuvo que marchar hasta S. Luis donde se reunió con 4,000 hombres que el general Santa Anna habia traído de México como pié de la division que pensaba formar para emprender con ella él personalmente las operaciones de la campaña.

Desde ántes de la caída del general Paredes el gobierno habia procurado la reunion de los fondos necesarios para los gastos de la guerra, y el clero á quien se habia hecho en distintas ocasiones el cargo de falta de patrióti-

mo, desmintió á sus enemigos en esta ocasion tan solemne para la patria, facilitando al gobierno un millon de pesos para el sostenimiento del honor de la patria y de los grandes intereses de la nacion. Pero esta cuantiosa suma fué estéril para el interesante objeto á que se le destinaba, porque la parte que primero se invirtió en auxiliar al ejército quedó inútil cuando todos los elementos de guerra se perdieron con la existencia misma del gobierno por los pronunciamientos de Jalisco y la Ciudadela; y la parte que habia quedado en el erario, se invirtió despues de la revolucion en los gastos que ella misma habia originado; de manera que en el mes de Octubre que se trataba de formar un ejército capaz de recobrar lo que la nacion habia perdido, el gobierno tenia en materia de recursos, no solo los inconvenientes que ántes, sino además el de la vergüenza de haber dejado dilapidar la interesante suma con que el clero le habia ayudado á remediar sus necesidades.

Luchando con las penurias del erario y con la conducta poco patriótica de algunos Estados que veian impasibles los triunfos del enemigo comun, se trabajaba para la formacion del ejército en S. Luis Potosí: á estos esfuerzos del presidente Salas correspondió la poblacion de México formando de su seno cuatro cuerpos de guardia nacional denominados Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, compuestos de personas que pertenecian á familias muy distinguidas de la capital, de muchos empleados y de gran número de artesanos; y ocupándose estos cuerpos en dar la guarnicion de la capital, le proporcionaron al gobierno la ventaja de que pudiera disponer del resto de las tropas permanentes, para aumentar el ejército de S. Luis. Tambien se recibieron allí dos mil hombres que mandó el Estado de Jalisco mandados por los coroneles Montenegro y Perdigon Garay; y á fines de

Noviembre llegó á S. Luis el general Valencia, reforzando el ejército con 5,000 hombres con que el Estado de Guanajuato contribuía para la defensa de una causa tan justa. Si todos los Estados hubieran cooperado con la misma eficacia, esa guerra no habría tenido el vergonzoso desenlace que lamentamos; pero por desgracia, una fría indiferencia fué todo el contingente con que los gobernadores y legislaturas de la mayor parte de los Estados, ayudaron á la patria en los días de su mayor angustia!

A estas dificultades se unieron todavía otras nuevas, pues al reunirse el Congreso el día 6 de Diciembre, mas que de conjurar la tormenta que se tenía encima con la guerra extranjera, se ocupó del triunfo de una idea política; y puesta su vista en este punto se emprendió la contienda para la elección de presidente y vice-presidente de la República en cuya lucha quedó victorioso el partido que por sus exageraciones se denominaba rojo, siendo nombrado para el primer cargo el general Santa Anna y para el segundo D. Valentin Gómez Farías. Y como el general Santa Anna se hallaba al frente de las fuerzas, entró á la presidencia el Sr. Gómez Farías, cuyo fatal influjo se hizo sentir pronto en el ejército de S. Luis á quien, aunque con trabajo se le había cubierto su presupuesto hasta fin de año; pero dejó de pagársele ya en el mes de Enero. ¡Triste presagio de lo que pasaria en el año que comenzaba con tan funestos preludios!

Tantas causas para preparar un efecto desgraciado, se vinieron á aumentar con los desajustes cometidos por el general Santa Anna; pues una de sus primeras órdenes dictadas en S. Luis, fué para que el general Parrodi, que se ocupaba de poner en estado de defensa la plaza de Tampico, la desocupara; y con tanta precipitacion, que se le obligó no solo á dejar perdidos sus trabajos de fortificacion, sino muchos objetos de guerra que no podia sacar

por la violencia con que se le mandaba abandonar la plaza, que desde luego cayeron con ella en poder del enemigo que la bloqueaba. Esta órden que á todos parecia tan impolítica como antipatriótica hizo lanzar el grito de «Traicion» que con horror fué repercutido por todos los ángulos del país en los corazones que verdaderamente lamentaban los infortunios de su patria. Los adictos al general en jefe y los que veian la necesidad de mantener la confianza pública en los directores de la guerra, explicaban la desocupacion de Tampico, cohonestándola con la conveniencia del plan general que se proponia desarrollar el general en jefe, quien dió otro motivo de censurar su conducta cuando privó al general Valencia del mando de la fuerza con que se hallaba en Tula de Tamaulipas, desterrándolo á Guanajuato, por haber dicho jefe pedido autorizacion é insistido en ella, para batir á la fuerza americana que se hallaba en Ciudad Victoria ó cuando ménos para molestarla con algunas guerrillas.

Despues de estas medidas que por muchos eran calificadas desfavorablemente, y cuando mas se hacia sentir en el ejército la falta de recursos, emprendió su marcha el general Santa Anna con 18,000 hombres que habia reunido en S. Luis divididos en cuatro brigadas de Caballería al mando de los generales Torrejon, Juvera, Andrade y Miñon; y tres brigadas de infantería que mandaban los generales Pacheco, Lombardini y Ortega. La marcha se emprendió de S. Luis el 28 de Enero de 1,847 saliendo al último el cuartel general el día 2 de Febrero: y despues de tan dilatado tiempo en que se hizo la salida, se vino á verificar ésta bajo muy desfavorables auspicios, así por la falta de recursos para proveer al ejército de lo mas necesario en aquella penosa marcha, como por el mal tiempo que se experimentó en esos días; y á causa de estos males el ejército sufrió horriblemente, hasta el

grado que perecieran muchos soldados por el rigor del frío, demostrándose la penalidad con que se hacia la marcha con las bajas que se tuvieron para el día 21 de Febrero, pues al reunirse ese día todas las divisiones en la hacienda de la Encarnacion, solo contaban ya un número total de 14,000 soldados, y estos tan maltratados por el frío, el hambre y toda clase de sufrimientos en una penosa marcha, que habiéndose quedado la noche de ese día en el puerto del Carnero: «el frío, dice un testigo ocular, atormentó de tal manera á la tropa, lo que no es decible; el ejército rugido, casi por un instinto de desesperacion prendió fuego por diversos puntos al bosque de Palmas donde se hallaba acampado. La llama trepó incendiando las copas del palmar, y un oceano de fuego se improvisó con sus olas horrorosas en medio de los aires. El espectáculo era imponente, sublime; á los reflejos de la luz de aquel incendio se veia á los soldados hambrientos, desfallecidos de frío y como un ejército de cadáveres.»

El día 22 siguió el ejército su marcha para la hacienda de Agua Nueva donde se tenia noticia que estaba el general Taylor con su fuerza; y al llegar allí se tuvo noticia que habia retrocedido quemando ántes cuanto se habia encontrado en la hacienda, por lo cual al llegar allí el ejército mexicano no encontró sino las ruinas pavrosas y las cenizas de un incendio, sin que los soldados se hubieran podido proveer de algun recurso, ni siquiera de agua con que apagar su sed por no permitírseles la velocidad con que se hacia la marcha. Y sin embargo de tanto sufrimiento, los soldados mexicanos no desmintieron su valor á la hora del combate, en el cual tuvieron tanto brío, como abnegacion en su penoso camino!

En la tarde de ese día se avistó el ejército mexicano con el de los americanos que estaba posesionado del punto llamado la Angostura, que sirvió de campo de batalla;

y de la cual por ser una de las mas interesantes de esa guerra me ocuparé en detallarla con sus pormenores segun está referido en las Memorias que ántes he citado y que se formaron con el informe de testigos que presenciaron los hechos.

«El terreno que se acababa de andar, estaba formado de vastas y extensas llanuras, en que no se hubiera podido resistir el empuje vigoroso de nuestras tropas, principalmente el de nuestra hermosa caballería; pero en donde el enemigo se habia detenido para combatir, empezaban dos series sucesivas de lomas y barrancas que constituian una posicion verdaderamente formidable. Cada loma estaba defendida por una batería, pronta á dar la muerte á los que intentaran tomarla; y la disposicion del lugar, que presentaba grandes obstáculos para el ataque, manifestaba con claridad que, aun cuando las armas mexicanas obtuvieran el triunfo, no seria sin una pérdida de consideracion.»

«Luego que la caballería llegó á la Encantada, desde donde avistó al enemigo, comenzó á batirse en tiradores. Inmediatamente envió orden el general en jefe para que la infantería apresurara su marcha, caminando á paso veloz. Apesar del cansancio de la tropa se siguió adelante hasta llegar á la Angostura, con lo que se completó una jornada de doce leguas. La fatiga mató á varios soldados, que quedaron tendidos en el camino. Luego que llegó la infantería, se situó una brigada á las órdenes del general Mejía, á la izquierda entre unos sembrados y sostenida por un cuerpo de caballería. A la derecha se colocó el resto de la infantería formada en dos líneas con sus competentes reservas y baterías; y las brigadas de caballería quedaron á la retaguardia.»

«Respecto de los cuerpos ligeros dispuso el general en jefe, que Ampudia que los mandaba, fuera á apoderarse

de un cerro que habia quedado abandonado á la derecha y que importaba demasiado ocupar para el éxito de la batalla. Los cuerpos ligeros se dirigieron á esa posicion; y conociendo entónces el general Taylor la falta que habia cometido, quiso remediarla enviando una fuerza respetable con la esperanza de que llegaria primero que la mexicana: las dos divisiones se acercaron una á otra; y conociendo que no era ya fácil empresa la ocupacion del cerro, sino que este debia pertenecer al vencedor, rompieron sus fuegos trabando un reñido combate. Este continúa con encarnizamiento, cuando cerró la noche completamente y aun quedó indeciso el resultado. Las tinieblas de la noche no fueron obstáculo para que los cuerpos ligeros siguieran batiéndose con denuedo; y el resto del ejército, simple espectador de aquella lucha, seguia ansioso con la vista la direccion de los fuegos, luchando entre la duda y la esperanza. «Luego que oscureció, dice la relacion anteriormente citada, el espectáculo era magnifico: realmente se veia flotar en los cielos una nube de fuego, que ó se elevaba ó se abatía, segun los enemigos ganaban ó perdian terreno. Por último, los americanos ceden: sus soldados se retiran; y los mexicanos coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado.»

«El resto de la noche se pasó al vivac y en frente del enemigo: por estar lloviendo, era crudísimo el frio; pero se habia prohibido hacer lumbradas, por lo cual ninguna luz se veia en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, como si la muerte no girará onriendo sobre sus cabezas; y solo velaban algunos oficiales de vigilancia agoviados de los pensamientos que siempre dominan la víspera de una gran batalla.»

«Amaneció el 23: la aurora de aquel dia de grandioso recuerdo, fué saludada con las marciales dianas de los

cuerpos: el general Santa Anna estaba ya á esa hora á caballo dando sus disposiciones. El fuego de cañon comenzó: las tropas ocuparon sus puestos: la brigada del general Mejía pasó de la izquierda á la derecha del camino. La batalla se generalizó poco despues, y como no hubo tiempo para repartir el rancho, los soldados pelearon todo el dia sin tomar alimento.»

«El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, y que de nuevo disputaron los contrarios sin fruto á los cuerpos ligeros. Entre siete y ocho de la mañana ordenó el general en jefe que se diese una carga sobre el enemigo. Entónces avanzaron todas las tropas, moviéndose en batalla paralelamente: por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco [D. Santiago] compuesta de los batallones de zapadores mixto de Tampico y Fijo de México, llevando al regimiento de húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la division del general Lombardini, que formaba el centro de nuestra línea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atrás, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguia la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4º de línea, seguia batiendo á las fuerzas americanas que habia al pié del cerro.»

«La línea enemiga era oblicua, de suerte que, aunque nuestro ejército marchaba paralelamente como se ha dicho, la columna del camino empezó á recibir un mortífero fuego de cañon, mientras que las otras divisiones estaban aun léjos del enemigo. Sin embargo, aquella no se desconcertó: los soldados seguian impávidos para adelante, cerrando los claros que las balas abrian en sus filas, con la arma al brazo, y esperando llegar á la bayoneta para vengar la muerte de sus compañeros, impunemente sacrificados; pero el general Santa Anna, observando los

estragos que sufría, dispuso que se detuviera, abrigándose tras de una colina que podía defenderla del fuego de los americanos.»

«Entretanto, las divisiones de Lombardini y Pacheco habian roto los suyos, que fueron al punto contestados. Cuando se empeñó el combate, recibió una herida honrosa el general Lombardini, que tuvo que retirarse del combate, recayendo el mando de su division en el general Pérez. La tropa del general Pacheco, casi toda bisoña, vacila y no tarda en desbandarse, acosada por el fuego certero que recibia de frente, y mas aun por el de flanco, que la desordena completamente. La dispersion es general: en vano Pacheco, con un valor digno de elogio, procura contener á sus soldados, que no se detienen hasta que llegan á las últimas filas. El enemigo, por su parte quiere aprovecharse de la ventaja que ha obtenido para alcanzar el triunfo: avanza intrépidamente; pero la division del general Pérez, con serenidad y firmeza, hace un cambio de frente sobre la derecha, y lo obliga á retroceder. Aquel diestro movimiento es favorecido por una batería de á ocho que mandaba el capitán Vallarta, y que Santa Anna puso á las inmediatas órdenes del sereno general Micheltorena. El fuego de las piezas que la componen ocasiona á los contrarios pérdidas de consideracion: todos los tiros se aprovechan por la corta distancia á que combaten unos de otros, siendo de una loma á la inmediata: los americanos que han soñado un momento con la victoria, se retiran destrosados, quedando el campo cubierto con los cadáveres confundidos de los valientes que por ambas partes han caido en esta sangrienta lucha.»

«Grande habia sido en efecto el arrojó con que unos y otros habian peleado: ya trepan nuestros soldados á la loma, cargando á la bayoneta; ya descenden á la barranca, revueltos con los enemigos: ahora suben de nuevo sin de-

jar de combatir; luego vuelven á precipitarse de arriba abajo, como una avalancha; y así pierden ó ganan terreno, y así perecen los mas distinguidos, y así, por fin, quedan dueños del terreno ganado á costa de esfuerzos heróicos.»

«El triunfo hubiera sido completo desde aquel instante, si la caballería hubiese estado á la mano, para arrojarse sobre los restos desorganizados de las fuerzas vencidas: por desgacia, estaba algo distante, y cuando llegó, ya las encontró rehaciéndose. Sin embargo, carga con denuedo, dirigida por el valiente general Juvera: todos cumplen con su deber; el general D. Angel Guzman, coronel del regimiento de Morelia, se distingue de una manera especial, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena-Vista. Parte de la caballería siguió tan lejos en su persecucion, que para volver á nuestro campo, tuvo que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, viniendo á salir por la izquierda de la posicion.»

«En la primera carga, que acabamos de referir, habian vencido las armas mexicanas: pero las ventajas que el terreno presentaba á los enemigos, exigian esfuerzos continuados, y no una victoria, sino muchas. Replegadas sus tropas de una loma, se reorganizaban en la siguiente: era necesario ir las tomando una por una, á costa de la sangre de la parte mas escogida del ejército.»

«Para dar la segunda carga, ántes que se disipe el entusiasmo del triunfo, se forma una nueva línea de batalla, á la que entran todas las tropas de reserva, incorporándose con las que ya se habian batido. La columna que hemos dejado en el camino, defendida por una colina, viene ahora á formar la reserva de esa nueva línea. Nuestra tropa avanza ordenadamente: la batería del general Micheltorena, única que jugaba por nuestra parte, destroza á los contrarios: se llega á la bayoneta, batiéndose los soldados cuerpo á cuerpo: por segunda vez nuestros va-